

ERIC FRATTINI



La **HUIDA**
de las **RATAS**

*Cómo escaparon de Europa
los criminales de guerra nazis*

El gobierno de Franco y el Vaticano ayudaron a escapar de Europa y de ser juzgados en Núremberg a importantes nazis acusados de genocidio y de crímenes contra la humanidad. Adolf Eichmann, el «arquitecto» del Holocausto, Josef Mengele, el «Ángel de la muerte» de Auschwitz, Franz Stangl, el verdugo de Treblinka, Klaus Barbie, el carnicero de Lyon, John Ivan Demjanjuk, Erich Priebke, Gustav Wagner, Hermine Braunsteiner, Otto Wächter, Walter Rauff, Herberts Cukurs y Erich Rajakowitsch son las «ratas» que escaparon de Europa dejando tras de sí una gran marca de sangre y horror.

Indice

Introducción

1. FRANZ STANGL

2. ERICH PRIEBKE

3. GUSTAV WAGNER

4. HERMINE BRAUNSTEINER

5. JOHN DEMJANJUK

6. KLAUS BARBIE

7. ADOLF EICHMANN

8. OTTO WÄCHTER

9. WALTER RAUFF

10. HERBERTS CUKURS

11. JOSEF MENGELE

12. ERICH RAJAKOWITSCH

ARCHIVO DE DOCUMENTOS

Bibliografía

A mi hijo Hugo, que tuvo la oportunidad de visitar los campos de concentración de Dachau, Ravensbrück y Sachsenhausen, y el Museo del Yad Vashem en Jerusalén, y entender lo que ello significa. Es ahora responsabilidad de su generación impedir que esto vuelva a suceder.

A mi «hermano» mayor, M. D., que perdió a parte de su familia en el Holocausto y me enseñó la necesidad de salvaguardar la seguridad de Israel y de su pueblo, para que nada de aquello pueda ocurrir de nuevo.

El principio, el fin: todos los caminos del mundo, todo el clamor de la humanidad llevan hacia ese lugar maldito. He aquí el reino de la noche, donde se oculta el rostro de Dios y un cielo en llamas se convierte en el cementerio de un pueblo evaporado.

ELI WIESEL, superviviente de Auschwitz y Premio Nobel de la Paz

INTRODUCCIÓN

Del mito de Odessa a la Operación Piqueta

El Holocausto supuso la persecución sistemática y el asesinato en masa de seis millones de judíos, pero también de gitanos sinti y roma, homosexuales, comunistas, liberales, conservadores, socialdemócratas, polacos, discapacitados, masones, testigos de Jehová y, así, un largo etcétera. Es decir, todos aquellos a quienes la Alemania nazi veía como ciudadanos de tercera en una Europa conquistada y diseñada para convertirse en lo que los altos líderes del Tercer Reich denominarían el «Reich de los Mil Años».

En 1921, un oscuro cabo austríaco llamado Adolf Hitler se hizo con el control del entonces insignificante Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (NSDAP), que poco a poco iría ganando protagonismo en el mapa político de Alemania con acciones que iban desde la agitación política —incluidos escraches en mítines de otros partidos—, a agresiones violentas contra líderes sindicalistas y comunistas o discursos populistas de tono incendiario dirigidos contra ciertos sectores de la población que «solo empobrecían a Alemania» y de los que había que «desprenderse». Exactamente doce años después, en 1933, en un clima político de manipulación, represión e intimidación estatal, Hitler era elegido canciller. Al año siguiente, él y los suyos asumían el poder absoluto sobre millones de alemanes que creyeron las promesas del antiguo cabo: renacimiento del orgullo nacional tras el Tratado de Versalles, el pleno empleo, la superioridad de la raza «nórdica» y la erradicación

de los judíos, a los que se responsabilizaba de todos los males de la sociedad alemana.

Nada más hacerse los nazis con el poder, comenzó lo que varios historiadores han definido como la «persecución calculada» contra este colectivo demonizado: boicots estatales a negocios judíos, actos de vandalismo contra sinagogas, campañas de propaganda antijudía por parte del Estado o la expulsión de todos los judíos de la vida pública o social.

El 1 de septiembre de 1939 los ejércitos de Hitler invadían Polonia, primer paso bélico de la Alemania nazi en su pretensión de crear un gran imperio, al que seguirían nuevas campañas militares tras las cuales Hitler consiguió anexionarse y someter en poco tiempo buena parte de la Europa continental. Se iniciaba así la Segunda Guerra Mundial, conflicto que por haber sido descrito en miles de libros no reseñaremos aquí. Sí conviene resaltar, para los propósitos de este libro, una fecha importante: el 20 de enero de 1942. Esa misma mañana, en una idílica villa situada a orillas del lago Wannsee, en un acaudalado distrito berlinés, se reunían catorce hombres bajo el liderazgo de Reinhard Heydrich, el todopoderoso jefe del *Sicherheitsdienst* o SD, el servicio de inteligencia de la SS. Uno de ellos era Adolf Eichmann, mano derecha de Heydrich y responsable de la Oficina de Asuntos Judíos en la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA). Aquella reunión duró tan solo 87 minutos, pero en tan escaso tiempo se planificó la «eliminación» de millones de seres humanos en toda Europa. Ciertamente, los fusilamientos masivos habían comenzado siete meses antes y en un lugar de Polonia llamado Chelmno llevaban gaseando judíos desde diciembre de 1941. La de Wannsee no fue, por tanto, una reunión para decidir la Solución Final sino una convocatoria ejecutiva para coordinar cómo llevarla a cabo de la forma más rápida y eficaz.

Desde la invasión de Polonia los nazis habían ya articulado una auténtica maquinaria de muerte a través de guetos,

de kilómetros de líneas ferroviarias que conducían a los campos de exterminio, muchos de ellos construidos en la Polonia conquistada. «Hay que aniquilarlos a todos» dijo Heydrich, incluidos los *mischlinge* ('híbridos, mestizos', es decir, fruto de matrimonios mixtos entre alemanes y judíos). Eichmann fue quien elaboró los concienzudos y precisos informes, llenos de datos y cifras. Incluso detalló el número de personas que podrían caber por vagón en un tren de transporte, siempre y cuando se mantuvieran en pie. Todos los convocados a aquella reunión aplaudieron la propuesta de Heydrich y alabaron la precisión de Eichmann: los doctores Georg Leibbrandt y Alfred Meyer, representando al Ministerio del Reich para los Territorios Ocupados del Este (Lituania, Letonia y Estonia); el doctor Wilhelm Stuckart, coautor de las leyes de Núremberg de 1935 y representante del Ministerio del Interior; el doctor Roland Freisler^[1], del Ministerio de Justicia; el doctor Josef Buhler, del Gobierno General de la Polonia Ocupada; Gerhard Klopfer, ayudante de Bormann; Eberhard Schöngarth y Rudolf Lange, de los servicios de seguridad en Polonia; Martin Luther, Friedrich Kritzinger, Otto Hofmann, Erich Neumann y Heinrich Müller. Todos ellos comprendieron las palabras de Hitler del 30 de enero de 1942, cuando aseguró durante un discurso en Berlín que «el resultado de esta guerra será la aniquilación total de los judíos»^[2].

La reunión de Wannsee tuvo como fin afilar la burocracia nazi al máximo para convertirla en una maquinaria de exterminio masivo perfectamente engrasada y operativa. Así, en aquella lujosa villa que había pertenecido a una familia judía, se diseñó la arquitectura del Holocausto. Desde ese mismo momento Alemania se dividió entre *untermenschen* ('subhumanos'), víctimas a las que había que liquidar, y «raza aria» o ciudadanos de «sangre pura», tal y como lo definía Alfred Rosenberg, el «filósofo» del nacionalsocialismo. De entre esos ciudadanos de sangre pura surgieron los encargados de llevar a la práctica la Solución Final en todos

sus niveles, como diseñadores o planificadores, como verdugos y ejecutores o, sencillamente, como «cómplices» silenciosos. Los grandes historiadores del Holocausto aún no han conseguido ponerse de acuerdo sobre si este brutal genocidio fue diseñado durante la guerra o bien se planeó desde el mismo inicio del Tercer Reich.

Mucho se ha escrito sobre el *porqué* o el *cómo* del Holocausto, pero mucho menos sobre el *quién*. El historiador Herbert Luethy, en su magnífico retrato *Der Führer*, explicaba que «Hitler no era sobrenatural, ni nada por el estilo. Que tampoco llegó al poder mediante una conquista, cual Atila, rey de los Hunos [...]». «Hitler procedía de las cloacas de Viena. Y Göring, Himmler, Eichmann y muchos otros eran hombres grises, oscuros [...]. Se les veía grises y abatidos en el banquillo de Núremberg, insignificantes, descoloridos, superficiales, sin dignidad, fanatismo, odio cerval, con la estatura que la maldad a gran escala a menudo confiere», escribía el historiador Irving Kristol. Lo que sí podemos asegurar es que, aunque no se haya descubierto ningún documento firmado por Hitler en el que diera orden expresa de iniciar el Holocausto, no cabe duda de que este no habría sido posible sin el conocimiento del propio Hitler ni la complicidad del nacionalsocialismo.

Durante la Segunda Guerra Mundial fueron asesinadas en Europa más de 55 millones de personas, entre civiles y militares. Tras la caída de Alemania y la desintegración del Tercer Reich los responsables de aquellas atrocidades tuvieron que rendir cuentas. Sin embargo, muchos de los verdugos consiguieron huir a través de la conocida como Ruta de las Ratas: Klaus Barbie, el carnicero de Lyon; Gerhard Bohne, que gaseó a 62.000 minusválidos al amparo del programa Aktion T4; Kurt Christmann, jefe del *Einsatzgruppen D*, uno de los escuadrones de ejecución itinerantes de la SS; Adolf Eichmann, arquitecto de la Solución Final; Hans Fischbock, que se ocupó de las expropiaciones de propiedades judías en Austria y Holanda; Albert Ganzenmüller, sub-

secretario de Estado del Ministerio de Transportes del Reich y responsable de las deportaciones de alemanes; Fridolin Guth, antiguo miembro de la policía política alemana en Francia; Hans Hefelmann, médico y responsable del asesinato de miles de niños deficientes mentales; Josef Janko, miembro de la Waffen-SS en Yugoslavia; Karl Otto Klingenfuss, involucrado en la deportación de judíos en Italia, Croacia y Bulgaria; Eckard R. Kraemer, general de la Luftwaffe; Walter Kutschmann, que ordenó el fusilamiento de 36 profesores y 1.500 intelectuales polacos en Lwów; Fritz Lantschner, responsable de la incautación de bienes judíos en Alemania; Gerhard Lauegger, oficial de la SS; Josef Mengele, el «Ángel de la Muerte», que actuó en el campo de Auschwitz; Erich Priebke, responsable de la matanza de las Fosas Ardeatinas; Erich Rajakowitsch, pieza clave de la 'Solución Final' en Holanda; Friedrich Joseph Rauch, teniente coronel de la SS encargado de la seguridad en la cancillería de Hitler; Walter Rauff, coronel de la SS y responsable de las cámaras de gas móviles; Eduard Roschmann, el «carnicero de Riga», bajo cuyas órdenes se ejecutaron 24.000 judíos en el bosque de Rumbula; Josef Schwammberger, comandante de la SS en diferentes campos de trabajos forzados en Cracovia; Siegfried Uiberreither, comisario del Reich en la región austríaca de Styria; Joseph Votterl, miembro de la Gestapo; Horst Wagner, diplomático responsable de la oficina de enlace del Ministerio de Asuntos Exteriores del Reich con la SS; o Guido Zimmer, oficial de la SS en Italia, serían algunos de los miles de nazis que consiguieron escapar a través de las rutas de evasión establecidas por el Vaticano, rumbo a refugios seguros en Sudamérica u Oriente Medio, principalmente a Siria y Egipto^[3].

En realidad los primeros planes de evasión para los dirigentes nazis fueron diseñados dos meses antes del fin de la Segunda Guerra Mundial. Heinrich Himmler, al ver que todo estaba perdido, había decidido crear la llamada Opera-

ción *Aussenweg* (Ruta al Exterior). Para ello puso al frente de la misma al joven capitán de la SS Carlos Fuldner.

Fuldner, uno de los líderes de la Ruta de las Ratas, había nacido en Buenos Aires el 16 de diciembre de 1910 en el seno de una familia de inmigrantes alemanes, pero en 1922 su padre decidió regresar a Alemania y la familia se instaló en la ciudad de Kassel. A principios de 1932 Carlos Fuldner fue admitido en la SS. Tenía veintiún años. Al terminar la guerra Fuldner se refugió en Madrid, donde estableció su base de operaciones.

Durante los cinco años que siguieron a la derrota alemana, Fuldner se convertiría en punta de lanza de la evasión de criminales de guerra nazis ansiosos de eludir la justicia aliada. España, Portugal, Marruecos, Austria e Italia fueron zonas de paso seguras y centros de protección para los evadidos, que viajaban con documentación e identidad falsas proporcionadas, en la mayoría de los casos, por altos funcionarios vaticanos. Muchos de estos funcionarios actuaron incluso como guías y protectores de criminales de guerra hasta que estos encontraban un lugar seguro donde esconderse, fuera del alcance de la justicia de los Aliados^[4].

Carlos Fuldner realizó una gira contrarreloj por varias capitales de Europa, entre ellas Madrid y Roma. En esta última mantuvo una reunión con el padre Krunoslav Draganovic, el máximo dirigente de San Girolamo, quien confirmó al enviado de Himmler que su organización estaba preparada para dar asistencia y refugio a las altas jerarquías nazis que decidiesen huir hacia Sudamérica. Incluso aseguró a Fuldner que contaban con la protección y el apoyo del Vaticano a través del subsecretario de Estado del Vaticano, monseñor Giovanni Battista Monti, el futuro Pablo VI. Existe, de hecho, un documento fechado el 10 de mayo de 1946 en el que agentes de la inteligencia estadounidense denuncian las estrechas relaciones entre Ante Pavelic, dictador de la Croacia pronazi, y monseñor Montini.

Fue en Madrid donde Carlos Fuldner estableció el primer contacto con el obispo argentino monseñor Antonio Caggiano, poco después consagrado cardenal por el papa Pío XII. Caggiano iba acompañado de Stefan Guisan, un sacerdote franciscano nacido en un pueblo cercano a la ciudad suiza de Berna. En el seminario en el que estudió, Stefan había trabado relación con un sacerdote croata que le presentó a Draganovic. Desde 1944, el padre Stefan Guisan comenzó a colaborar con la institución de San Girolamo a las órdenes de Krunoslav Draganovic y trabajaba en la sede de la Pontificia Comisión para la Asistencia (CPA), en Villa San Francesco. La CPA era el organismo vaticano encargado de expedir documentos de identidad para los refugiados, después de la derrota nazi se encargaría de facilitar documentos falsos a un gran número de fugitivos nazis que huían de la justicia aliada en Europa. En la CPA trabajaban cerca de treinta sacerdotes de diferentes órdenes, en su mayor parte franciscanos, falsificando sellos de organismos internacionales de ayuda a los refugiados. Esta ayuda iba desde simplemente esconderlos, a facilitarles documentaciones falsas, financiarles el viaje de huida o entregarles una lista de contactos para cada etapa de su fuga^[5].

Existen documentos que demuestran que Draganovic no era el máximo responsable de la llamada Operación Convento, nombre que recibía el entramado articulado desde el Vaticano para facilitar la huida de los nazis, también conocido como Pasillo Vaticano o Ruta de los Conventos. Un informe del servicio de contraespionaje militar estadounidense en Italia, firmado por William Gowen y fechado en 1946, apuntaba que la cabeza visible de este entramado era, en realidad, el cardenal Eugene Tisserant:

Tisserant me ha dicho que cree firmemente que en este momento existe un cincuenta por ciento de probabilidades de que Rusia provoque una guerra este mismo año. Según el cardenal, los ru-

sos tienen una posición privilegiada para invadir Europa Occidental (...) una oportunidad que saben que no volverá a repetirse^[6].

La mayoría de los nazis eligieron para su huida el Pasillo Vaticano. Generalmente pasaban por instituciones religiosas de Milán o Roma, desde donde daban el salto a Génova y, desde ahí, partían en barco hacia un puerto seguro en Sudamérica u Oriente Medio. El papel de algunos religiosos como cómplices de las fugas debe analizarse desde un punto de vista más ideológico que técnico.

Tisserant era tan anticomunista que creía que los nazis que los habían combatido merecían ser enterrados en cristiana sepultura y entendía la necesidad de establecer un grupo de expertos «nazis» anticomunistas en Sudamérica para utilizarlos en caso de que estallase una guerra contra los soviéticos. A partir de entonces, a la embajada de Argentina en Roma comenzó a llegar una lluvia de peticiones de visados para ciudadanos franceses. Los colaboracionistas y criminales de guerra franceses, como Marcel Boucher, Fernand de Menou, Robert Pincemin o Émile Dewoitine recibieron un visado especial por orden del entonces cardinal Antonio Caggiano para entrar en Argentina. Los cuatro disponían de pasaportes con numeración consecutiva expedidos por la Cruz Roja de Roma y portaban un certificado de recomendación del Vaticano. Curiosamente los cuatro habían encontrado refugio en San Girolamo, la institución controlada por Krunoslav Draganovic.

Obviamente, detrás de la huida de los criminales de guerra nazis estaba su deseo de sustraerse a toda costa de la justicia de los vencedores y su preocupación, justificada, ante el clima de venganza reinante. Las sentencias de Núremberg vendrían a confirmar sus temores. En el Tercer Reich trabajaban poco más de 45.000 funcionarios y agentes de la Gestapo, que desde 20 direcciones generales y 39 jefaturas, así como desde 300 subjefaturas y 850 comisarías de la guardia fronteriza, captaban y registraban cualquier

manifestación hostil al régimen nazi. De la seguridad interior y exterior del Reich velaban 65.000 agentes de seguridad, especialmente preparados para ello, a las órdenes de una treintena de jefes superiores de la SS, así como 2.800.000 guardias de orden público. Además, 950.000 soldados de la Waffen-SS estaban siempre dispuestos a sofocar cualquier revuelta contra el Tercer Reich. El Servicio de Seguridad (SD) de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) contaba con un verdadero ejército de más de 100.000 informantes directos y activos y espías infiltrados en todos los círculos de las actividades nacionales. Pero lo cierto es que la lista de líderes de la SS, Gestapo y SD señalados por los servicios de inteligencia aliados y las unidades de investigación de crímenes de guerra, no pasaban de los 3.000 nombres^[7].

Aunque muchos de ellos consiguieron encontrar refugio seguro en países como Argentina, Chile, Bolivia, Siria o Egipto, la decisión del Bundestag, en 1965, de prorrogar la prescripción de los crímenes nacionalsocialistas acabó con los sueños de muchos de sus responsables de poder regresar algún día a su patria. Después de todo, la vigencia de la prescripción se basaba en la presunción del Derecho Penal alemán de que al cabo de veinte años apenas había manera de reconstruir un hecho delictivo. Está claro que los alemanes, verdugos y testigos, no contaban con toda la documentación probatoria recabada por las unidades aliadas, ni con la reveladora presencia de las instalaciones que aún quedaban en pie en lugares como Dachau, Bergen-Belsen, Birkenau, Majdanek, Treblinka o Auschwitz, ni con los miles de supervivientes que pudieron prestar declaración de los horrores de los que fueron testigos. Para muchos, era hora de que los ciudadanos alemanes fueran juzgados por lo que permitieron que se llevara a cabo.

Lord Russell, fiscal británico, declaró entonces: «Los ciudadanos de Alemania deben entender que todos ellos son responsables de lo que aquí ocurrió. Unos, por su papel de

verdugos y, otros, por su papel de testigos mudos y silenciosos. Durante las próximas décadas, las siguientes generaciones de alemanes seguirán pagando por lo que hoy han hecho sus padres y abuelos. Además, a estos les será muy difícil poder responder a una pregunta bien sencilla: "Abuelo, y tú, durante la guerra ¿qué hiciste?"». El mismo Lord Russell, tras su visita al campo de concentración de Dachau, escribió:

Clavado en un poste del tejado de los hornos crematorios se podía ver una pequeña cajita rústica que servía de nido de aves salvajes. Algún esquizofrénico de la SS debió ponerla ahí. Solo entonces me fue posible entender hasta qué punto la nación de Goethe y de Beethoven, de Schiller y Schubert, también era la de Auschwitz y Belsen, la de Ravensbrück y Dachau.

El 1945, todavía desde su exilio sueco, el exjuez alemán Fritz Bauer pronunció un *mea culpa* a favor del pueblo alemán:

Alemania es ahora mismo una *tabula rasa*. Podemos y debemos construir una Alemania mejor desde sus mismos cimientos. Reconocemos la obligación de Alemania de pagar por los crímenes de guerra cometidos en su nombre. Los incontables criminales de guerra que llevaron el nazismo al poder y empezaron la guerra, los criminales de Buchenwald, Belsen y Majdanek deberían ser castigados con toda severidad. Ninguno de nosotros pide compasión para con el pueblo alemán. Sabemos que los alemanes tendremos que trabajar para ganarnos el respeto y la comprensión de los demás durante los próximos años y las próximas décadas^[8].

Finalizada la Segunda Guerra Mundial, los altos jefes nazis procesados por crímenes de guerra en la ciudad de Núremberg se vieron obligados a testificar sobre su conocimiento o participación en las matanzas. Conforme comenzaron a ser presentadas las pruebas documentales, los testimonios directos de supervivientes y de miembros de la SS